

ROMANCE PATRIO

(En el Rep. Amer.)

*La patria es, si somos niños
de alguna ronda, el paisaje:
el huerto siempre maduro,
la luz alegre del valle,
la campana de la escuela
en los cielos de rosa y jade.*

*Pero la niña ha creído,
cuando se enciende la tarde
sobre los techos más altos
y a lo largo de las calles,
que la patria es esa nube
de armiño que está dorándose,
esa música sin notas
en el rumor del frondaje,
esas palabras que el viento
habrá pronto de llevarse
sin que la voz de la niña
se haga valer cuando llame.*

*¡Ay, la patria son los campos
que recorrieron las madres
con sus hijos! ¡Ay, la patria
es la casona que sabe
de sus risas, de sus fiestas,
de sus pasteles de hojaldre
de sus cuadernos sin hojas,
de sus crenchas al desgair!*

*¡Ay, la patria es esa franja
de mustio verde en que yace
la esperanza de tenerlos
cual los cipreses de grandes...!*

*Es aquel recodo en ámbar
del poblacho,—un árbol grande
y una puerta bajo el sesgo
de un rótulo sin esmaltes,
después del puente cogido
por juncos color de alambre,—
con un ventorro en que hay una
placidez de tiempos de antes,
como si allí nadie hubiese,
como si nadie allí entrase.*

*La lluvia en son monacorde
que nunca acaba; la nave,
en que las místicas ranas
sus salmodias pertinaces
van alargando hacia el cielo
tras una luna en menguante...*

*La guitarra cuando llora
desdenes que piden sangre.*

*En el camino de adioses
que discurren los compadres
desde el rancho hasta la iglesia
los domingos, mientras pace
frente a altares de silencio
el hondo buey sin romances.*

*Es la casuca incrustada
dentro del monte, y el ave
que agita sus alas de oro
como un pañuelo en el aire
por el alba que madura
y la noche que decae.*

*Es la carreta en el fondo
de un eco que se deshace;
son las ramas cuyas hojas*

*suenan a cartas de naipe;
es el pálido horizonte
que va al fin iluminándose,
igual si una mano fuese
relocando los detalles.*

*El marino, alma sin rumbo,
en sus intermines viajes
vuelve a ella en las gaviotas
que de tarde en tarde salen
hacia otros puertos; y calla
tal un pequeño sin madre,
mientras se quema en su pipa
el rosicler de un celaje.*

*¡Ay, la patria...! Verbo claro,
palabra de fe y coraje,
himno de guerra, plegaria
del eterno caminante,
solar de glorias extintas,
rincón de viejas edades,
blasones que se deslustran,
recuerdos que se contraen,*

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario
San José, Costa Rica

Teléfonos: Of. 5329 - Hab. 5994
Apartado 1653

*¡Ay, la patria...! Para muchos
un ensueño azul en que arde
la vida cual una llama,
una corola que se abre,
unas alas que se tienden,
una canción en el aire.*

*Para algunos un imperio
que perdura sin que nadie
lo conturbe...*

*Para otros,
únicamente una calle
que ha ido al través del tiempo
como una huella borrándose.*

MANUEL SEGURA MÉNDEZ
Costa Rica. Setiembre de 1946.

UN ENSAYO DE HUXLEY
CIENCIA SIN CONCIENCIA

(De *El Tiempo*, Bogotá, 9 de agosto de 1946)

Nada entusiasmaba tanto a nuestros abuelos como la idea del progreso. Y si se les hubiese preguntado en qué consistía éste, habrían respondido: Más ciencia, más libertad. Fueron éstas las dos pasiones del siglo XIX. La Ciencia, con c grande, era «el nuevo ídolo». La Libertad, también con mayúscula, la moderna diosa. Ciencia y libertad parecían dos hermanas inseparables. Aquella florecía donde reinaba ésta. A la inversa, cuando la ciencia desvanecía las tinieblas de la ignorancia y del fanatismo, la libertad triunfaba.

Quién les hubiera dicho a aquellos antepasados nuestros que sus nietos se encontrarían ante esta realidad imprevista: Inmenso avance de la ciencia, eclipse de la libertad!

A esta sorpresa se añadiría una desconcertante paradoja: La libertad declina precisamente a causa de ese prodigioso desarrollo de la ciencia.

Tal es, por menos, la opinión de Aldous Huxley, expresada en su reciente ensayo *Ciencia, Libertad y Paz*. «El progreso de la ciencia—afirma el ilustre escritor inglés—es uno de los factores que determinan la decadencia de la libertad».

El abuso del poder, la opresión del pueblo por una minoría dominante es hoy cosa mucho más fácil, más segura y más eficaz que hace sesenta años, cabalmente por efecto de los inventos científicos y de sus aplicaciones técnicas. Es la ciencia la que ha hecho posible la dictadura total, el Estado totalitario, y ha hecho, en cambio, imposible, la rebeldía, la insurrección de las masas sojuzgadas.

Recuerdo ahora aquel famoso cuadro de Delacroix, el pintor romántico francés, visto hace años en el museo del Louvre: *La libertad conduciendo al pueblo*. Allí aparece la figura simbólica con el gorro frigio en la cabeza, la bandera tricolor en la diestra, y en la izquierda un fusil de chispa. Tras de ella, un intelectual de levita raída empuñando su escopeta; obreros

descamisados blandiendo viejos sables; un niño con sendas pistolas en las manos.

Con esto bastaba para defender una barricada y derribar un gobierno. Porque las armas de que el gobierno disponía no eran muy superiores a esas. La Libertad, inflamando las almas, podía transformar una turba anónima en una hueste heroica y vencedora.

Mas hoy, cuando el poder tiene en sus manos las ametralladoras y los gases, los tanques y los aviones y todos los recursos descubiertos por la ciencia, una rebelión popular es técnicamente imposible. Ni en Alemania, ni en Italia, ni en otro análogo país ha caído un régimen totalitario hasta que ha pasado las fronteras un ejército extranjero provisto de armas semejantes.

La ciencia, por otra parte, no sólo ha inventado armamentos. Ha dirigido la organización de una policía política, secreto instrumento del Estado, con sus ficheros y sus archivos, su dactiloscopia y sus laboratorios. Merced a ese Argos que, invisible él, lo ve todo, las rebeliones mueren antes de nacer.

Pero hay más. Lo terrible del moderno despotismo es que no sólo encadena los cuerpos sino esclaviza las almas. Ahí, en su dominación psicológica, es donde mejor le ha servido la ciencia. Los más admirables inventos, el linotipo y la prensa rotativa, la radio y el cine, monopolizados por el poder dictatorial, le permiten penetrar en las conciencias, deformar las mentes, envenenar los corazones, crear en todo el país una atmósfera psíquica uniforme, al antojo del régimen imperante, dentro de la cual, no ya la rebeldía, como decíamos, hasta la simple discrepancia intelectual resulta inconcebible.

Esto es lo peor, lo horrendo. Con los actuales medios de la ciencia, un gobierno absoluto, no sólo cuenta con millones de esclavos, sino de esclavos voluntarios, inter-

(Concluye en la pág. siguiente)